

-- Por que yo creo que no es prudente el ir á encontrarse sola á tal hora, y en tal sitio con un hombre, cuyo tono y maneras, y el misterio con que se cubre no inspiran confianza.

Ya se tendrá cuidado de ella, dijo el magistrado. Ye siento, M. Butler, no poder man-

dar en el momento que seais puesto en libertad;

pero no estareis detenido mucho tiempo. -- Que conduzcan á M. Butler á la cárcel; pero que se

le coloque en una habitacion decente, y que se tengan por él todas las consideraciones que le son debidas.

hacer, pero es menester que sea franco con

migo. He habido mucho por encima del

individo que encontrasteis en el calle de Sa-

ilbury; es indispensable que sepa todo lo

que ocurrió en el asunto.

Butler, hasta ahora, no tenia en su misterio

que se le habia ocurrido aquella ocu-

rensia James Dunn, pero que lo mejor de lo

do seria decir la verdad sin restricción alguna.

-- Y como le preguntó el magistrado, que

esta joven se llama así tan misteriosa?

-- Yo lo igno, respondió Butler.

-- Por que decís que lo tenéis?



CAPITULO X.

Dejemos á Butler entregado á las tristes reflexiones que le inspiraba su situacion, y que giraban principalmente sobre la imposibilidad á que le reducía su prision de ser útil á la familia de San Leonardo, y vamos á encontrar á Jeanie, que quedó desconsolada al verle partir sin haber tenido con él una mas larga explicacion.

El corazon, aun el mas firme (y que Jeanie bajo su corsé de lana tenia uno que podia hacer honor á la hija de Caton) no puede ser siempre dueño de sus consentimientos. Jeanie lloró amargamente algunos minutos, sin tratar de contener sus lágrimas. Pero cuando pasado este corto tiempo, la reflexion recobró su imperio, se avergonzó de haber llorado por sus propios males, hallándose su padre sumergido en la mas profunda afliccion, y su hermana puesta al peligro de perder la vida.

Sacó del bolsillo una carta que habia sido

arrojada en su habitacion al amanecer por una ventana que habia quedado entre abierta, y cuyo contenido era tan singular como enérgico su estilo.

En ella se le prevenia, que si queria poner la vida de su hermana á cubierto de los tiros de una ley injusta y sanguinaria, era preciso, que inmediatamente fuese á estar con el que la escribia; que ella sola podia salvar á su hermana, y el solo indicarle los medios: que no debia decir nada á su padre, ni llevar á nadie en su compania, sin lo que la entrevista no podria verificarse, y la sangre de su hermana caeria sobre ella. La carta concluia por las protestas mas solemnes de seguridad y de respeto; pero lo que prueba el trastorno y agitacion de ánimo con que habia sido escrita, es que se olvidó indicar la hora y el parage.

El encargo que el desconocido habia dado á Butler, convenia perfectamente con la carta, y contenia precisamente lo que á esta le faltaba que era la indicacion de la hora y del sitio, y probablemente el que la escribió se vió obligado á hacer entrar á Butler en una parte de su confianza, bien fué por haber advertido el olvido antedicho, ó porque hubiese querido

mudar alguna cosa con respecto al sitio ú hora que creyó haber indicado.

Mas de una vez estuvo tentada de enseñarle la carta que habia recibido, para disipar las sospechas en que le veia; pero la inocencia teme muchas veces degradarse buscando medios de justificarse, y la intimacion que se le hacia en la misma de guardar secreto para con su padre, era otra razon que la obligó tambien á no hablarle de ella. Con todo, puede ser que si Butler se hubiese detenido mas tiempo, Jeanie le hubiera hecho una entera manifestacion de su contenido, y se hubiese dejado guiar por sus consejos. Habiendo perdido por la interrupcion de su entrevista la ocasion de darle esta prueba de confianza, se miraba como culpable con respecto á un amigo, sobre cuyo cariño é interés podia contar, y se echaba en cara el haberse privado tan mal á propósito de los solos consejos que le era posible pedir.

No hubiera sido conveniente consultar á su padre en aquella ocasion. Jeanie sabia que este no juzgaba nunca las cosas sino por sus principios religiosos, cuya exageracion escésiva conocia, y bajo de este aspecto no podia mirar sus consejos, como regla de su conducta en un

asunto tan delicado. Jeanie hubiera querido que una persona de su sexo le acompañase á una entrevista, que le inspiraba un terror involuntario; pero en la carta se le decía espresamente que si llevaba alguno á aquella entrevista de la que se hacia depender la vida de su hermana, aquella no podria tener lugar, y esta amenaza sola bastaba para hacer desvanecer toda idea de compañía. Aun en este caso no hubiera sabido á quien dirigirse para pedir semejante servicio; no tenia con sus vecinas mas que las cortas relaciones que les daba la inmediatecion de sus casas, y sabia que no hubiera podido contar con la discrecion de ninguna de ellas.

Abandonada á ella sola, y no pudiendo pedir consejos á nadie sobre la tierra, se dirigió á aquel cuyos oídos estan siempre abiertos para oír las súplicas del pobre y del afligido. Puesta de rodillas manifestó á Dios su desconsuelo y la pureza de su intencion, y le pidió con fervor que la guiase y la protegiese. Despues de haber llenado este deber tan santo, se encontró mas firme y mas apimosa, y esperando la hora de la cita fue á encontrar á su padre.

El viejo, firme en sus principios religiosos,

ocultaba sus sentimientos interiores bajo la apariencia de la calma y de la tranquilidad, y aun reprendió cariñosamente á su hija por haber olvidado algunas vagatelas en sus quehacéres domésticos.

Jeanie no sintió el ver que los pensamientos de su padre no estuviesen de tal modo concentrados en su afliccion, que no le permitieron distraerse á otras ideas; con esto se dedicó con mas gusto á las ocupaciones que le quedaban, mientras que Deans, incapaz de permanecer mucho tiempo en un mismo sitio, corría de un parage á otro de la casa bajo diferentes pretextos; pero en la realidad para distraer ó á lo menos disimular su agitacion.

Llegada la hora de la cena, el buen viejo se puso á la mesa con su hija, y pidió la bendición del cielo sobre el alimento que se habia servido. Instó á su hija á que comiese, y él mismo, quæriendo unir el ejemplo al precepto, se sirvió en un plato; pero la naturaleza no le permitió completar el esfuerzo que queria hacer sobre sí mismo: sus lágrimas corrieron apesar suyo de sus ojos, y avergonzado de su debilidad, se levantó precipitadamente para ocultarlas.

El sol acababa de ponerse. Está era la hora en que toda la familia se reunía para decir en común las últimas oraciones del día, según la costumbre de Escocia, y en la que amos y criados todos juntos se humillan ante el Ser Supremo, á cuya vista todas las distinciones humanas se desvanecen. La casualidad quiso que hallase una silla vacía precisamente en el sitio que solía ocupar Effie cuando estaba en su casa. Deans, que iba á empezar su oración, vió que los ojos de Jeanie dirigiéndose ácia aquel lado se llenaban de lágrimas, y quitó la silla con un aire de impaciencia, como para alejar con ella todo motivo de recuerdo terrestre en el momento en que iban á dirigirse á la Divinidad. Entonces leyó algunos versos de la Santas Escrituras, dijo la oración de costumbre y canto el himno; pero se observó que al llenar este deber tan santo tuvo la presencia de ánimo de evitar todos los pasages, todas las expresiones que en tan grande número se hallan en la escritura, que pudieran tener relacion con sus desgracias domésticas. Obrando así, su intención era tal vez la de no promover la aflicción de su hija, ó de no arriesgarse á perder él mismo el exterior de aquella paciencia es-

tóica que hace soportar todos los males que la tierra puede producir, y que no ve mas que la nada en todos los acontecimientos de la vida humana.

Concluida la oración, Deans se acercó á su hija, y abrazándola tiernamente le dijo: ¡Que el Dios de Israel vele sobre vos, mi querida hija, y os conceda la gracia de sus promesas!

David Deans era buen padre; pero no entraba ni en sus costumbres ni en su carácter el parecerlo: raras veces dejaba ver aquella plenitud de corazón que se difunde en alagos ó expresiones cariñosas sobre los objetos de su cariño: tenía estas efusiones del alma como pruebas de debilidad, y muchas veces se las habia reprochado á la pobre viuda Butler. De esta rareza de emociones, que se observaba en este hombre siempre prevenido contra sus sensaciones, resultaba que sus hijos daban una importancia y un precio infinito á las señales de afecto que descubrian en él algunas veces, porque las consideraban como pruebas de una impresión ó sensación, que se manifestaba cuando el corazón estaba ya demasiado lleno para poderlas contener.

Después de aquella demostración poco or-

dinaria de la ternura, Deans se retiró á su cuarto. Uniforme y siempre constante en sus costumbres, una vez que entraba en él ya no salía nunca hasta el amanecer del día siguiente. Era pues fácil á Jeanie el salir de casa sin que nadie la viese, en el instante que el disco plateado de la luna, dejándose ver por la espalda del monte de san Antonio, le indicase la hora convenida. Pero aunque no tuviese que temer los ojos de su padre, los suyos no estaban cerrados á los inconvenientes y á los peligros á que la esponía el paso que iba á dar. Jeanie había pasado toda su vida en un retiro apacible, ocupada únicamente de los quehaceres domésticos; y la noche, que se mira en las ciudades como época de las escenas de placer y de alegría, no le ofrecía mas que un espectáculo imponente y cuasi triste. La resolución que había tomado le pareció tan extraordinaria y tan arriesgada, que cuando vió llegar el momento de ejecutarla, parecia que la desamparaban todas sus fuerzas, y tuvo el mayor trabajo en resolverse á ella. Su mano temblaba á atar la cinta que contenian sus hermosos cabellos, único adorno con que adornaban su cabeza las jóvenes escocesas antes de casarse, y sus hombros ape-

nas podian sostener el ligero peso del *plaid* ó manto escoces; igual al gran velo negro con aun hoy se cubren las mugeres en los Países-Bajos: cuando dejó por fin el techo paterno para acudir á una entrevista tan extraordinaria, á una hora tan intempestiva, en un lugar desierto, sin saberlo su padre, y sin nadie que la acompañase ó protegiese, la pareció que corria voluntariamente y sin remedio á su ruina; pero la suerte de su hermana dependia de aquel paso, y esta sola idea la sostuvo y la dió fuerzas para ejecutar su proyecto.

Cuando se vió en el campo, nuevos motivos de temores vinieron á agitar su afligido corazón. Los rayos pálidos de la luna, penetrando por entre las rocas esparcidas en el sitio á que se dirigia, le manifestaban la soledad y tristeza de aquel parage, y le recordaban mil funestas historias que habia oido contar de sucesos extraordinarios ocurridos en el mismo. El valle de Salisbury, al que se dirigia Jeanie, habia sido en otro tiempo el abrigo ó madriguera de todos los ladrones y asesinos de los contornos, de los que la tradicion conservaba aun la memoria. Se nombraba aun al mas famoso de aquellos bandidos, cuya mayor parte habian

espionado en el cadalso sus multiplicados crímenes, y entonces aquel lugar retirado servia, como lo hemos dicho, de teatro de diferentes desastros, y muchas personas habian perdido la vida en esta especie de encuentros despues que Deans vivia en San Leonardo. Su imaginación estaba llena de ideas de sangre y de terror al acercarse á aquel sitio formidable, no teniendo esperanza de poder encontrar ningún socorro en caso de accidente. Otros motivos de terror la agitaban aun; pero estos eran una consecuencia de las preocupaciones de su siglo, de las de su padre y de las de su estado: es preciso trazar brevemente su origen.

La creencia en las brujas y los duendes era en aquella época cuasi general en Escocia, y sobre todo entre los presbiterianos, para quienes era como un punto de sus dogmas religiosos, en términos que mientras que estuvieron investidos de la suprema autoridad, su gobierno se habia manchado con mil actos de crueldad contra estos crimines imaginarios. Los montes de Salisbury y las lagunas de Hunter tenian muy mala reputacion con respecto á este punto. Allí era en donde se celebraron en otra ocasion aquellas asambleas nocturnas y clandestinas

conocidas bajo el nombre de *Sabbat*: los visionarios entusiastas, que por huir de la persecucion se habia retirado á las numerosas y profundas cabernas que ofrecen aquellas rocas, habian tenido en ellas mil apariciones de fantasmas, y aun habian luchado á brazo partido con las mismas brujas y los duendes. Nadie se hubiera atrevido á acercarse á aquellos sitios formidables durante la noche, sin ir bien acompañado; y David Deans, que sabia de memoria todas aquellas aventuras, habia tenido gran cuidado de comunicárselas á sus hijos.

No es pues de estrañar que Jeanie educada con esta creencia empezase á sentir una inquietud vaga, que tomaba su origen de sus principios religiosos.

No solamente temia alguna de aquellas apariciones, que segun la tradicion, habian ocurrido con tanta frecuencia en dichos sitios, sino que aun concebía algunas dudas sobre la naturaleza del ser misterioso que habia escogido una hora y un parage tan estraordinario para su entrevista. Era menester una resolucion, que solo pueden apreciar los que han sacudido el yugo de tales preocupaciones, para llevar adelante su proyecto; pero el deseo de salvar

á su hermana obraba sobre su corazón mas que el temor de los peligros de que se creía rodeada, y así continuó su camino invocando la protestacion del Ser Supremo, creyendo que él solo podia salvarla.

El sitio señalado para aquella entrevista misteriosa estaba en el fondo del valle que corre entre las rocas de Salisbury y la montaña llamada Arthur's seat. A poca distancia de ésta se descubren aun las ruinas de una antigua capilla dedicada en otro tiempo á San Antonio. Un poco mas lejos estaba el parage que se llamaba el terrero de Muschat. Se llamaba así este sitio, porque fue en él en donde un malvado, llamado Mus hat, asesinó á su muger en circunstancias de una horrorosa barbaridad. Se contaba que la indignacion pública le habia hecho apedrear en el mismo parage en que cometió el crimen, y que aquella altura ó terrero se habia formado por la inmensa cantidad de piedras amontonadas sobre su cuerpo.

El corazón de Jeanie latia con fuerza al acercarse sola á aquel lugar de tan mal nombre, y de tan mal agüero. La claridad de la luna le descubrió desde luego la capilla de San Antonio, y poco despues la altura ó terro de Mus-

chat; pero no vió á su alrededor ninguna criatura viviente. Mil ideas diferentes asaltaron al mismo tiempo su imaginacion. El que le habia escrito, ¿habria querido engañarla, ó no habria llegado aun al sitio indicado? ¿qué circunstancia imprevista le habia impedido encontrarse allí? Si era un ser sobre natural lo que formaba el principal objeto de sus aprensiones ¿querria acaso no dejarse ver hasta el último instante, y asustarla con una aparicion repentina y espantosa?

Estas reflexiones no le impedia seguir su camino, y no se hallaba ya mas que á algunos pasos del sitio á que temia y deseaba llegar, cuando de repente vió salir un hombre que hasta entonces habia estado escondido detras de la altura, y llegándose á ella, le preguntó con una voz trémula y agitada;

-- ¿Sois vos la hermana de la desgraciada jóven?

-- La misma.. Soy la hermana de Effie Deans, le contestó Jeanie, Dios os bendicirá si me indicais los medios de salvarla.

-- Dios no me bendicirá, porque ni lo merezco, ni lo espero.

Jeanie quedó sobrecogida de terror al oír

un lenguaje tan contrario á sus ideas religiosas. ¿Era bien un hombre el que se esplicaba así, ó tenía á la vista el principe de las tinieblas disfrazado bajo la forma de un hombre?

El desconocido continuó sin parecer advertir su turbacion. -- Teneis á vuestra vista á un ser condenado á la desgracia antes de su nacimiento y despues de su muerte.

-- Por el Dios del Cielo, que nos ve y que nos oye, exclamó Jeanie, os suplico que no habléis de esta manera. El evangelio promete misericordia aun á los mas grandes pecadores,

-- Yo debo pues tener derecho á ella, si miras como el mas grande los pecadores al ser que ha causado la destruccion de la madre que le parió, del amigo que le socorrió, de la mujer que le concedió toda su confianza, y del hijo á quien ella dió la vida.

-- ¿Con que sois vos la causa de la ruina de mi pobre hermana? le dijo Jeanie con un tono de indignacion que no pudo reprimir.

Maldecidme si quereis; yo no me quejaré, pues que lo he merecido.

-- No, le contestó Jeanie: al contrario, yo rogaré á Dios pidiéndole que os perdone.

-- Maldadid, rogad, haced lo que querais, la

dijo el desconocido con violencia; pero jurad que seguireis mis consejos, y que salvareis la vida de vuestra hermana.

-- Es menester que yo conozca antes cuales son los medios que debo emplear para ello.

-- No, es preciso ante todas cosas que vos prestéis juramento, un juramento solemne de emplearlos, cuando yo os los haga conocer.

No es necesario el juramento para que yo haga por mi hermana todo lo que es permitido á un cristiano el hacer.

-- ¡Permitido!.. ¡Cristiano! dijo el desconocido con una voz terrible. No, yo no quiero reservas; es preciso que jureis hacer lo que yo quiera, lo que yo os diga... ó si no... Vos no sabeis aun á la cólera de quien os esponéis.

-- Yo reflexionaré lo que me decis, le contestó Jeanie, y mañana os diré la respuesta.

-- ¡Mañana! dijo el desconocido con cierta risa de desprecio; ¿En donde estaré yo mañana?... ¿y en donde estareis vos misma esta noche, si no jurais dejaros guiar por mis consejos?... Este lugar ha visto ya cometer un crimen atroz; él va á ser testigo de otro, si os negais á prestar el juramento que os pido. Diciendo esto la amenazó con una pistola que tenía

en la mano. La huida era imposible, las voces hubieran sido inútiles. En tan crítica situación la desconsolada Jeanie se arrojó á sus pies suplicándole no le quitase la vida.

-- ¿Es esto todo lo que teneis que decirme? le contestó lleno de cólera el desconocido.

-- Por Dios, le replicó Jeanie siempre de rodillas, no mancheis vuestras manos con la sangre de una criatura inocente y sin defensa, y que se ha fiado á vuestra humanidad.

-- ¿Es esto todo lo que podeis decirme para salvar vuestra vida?... ¿quereis la muerte de vuestra hermana?... ¿ó quereis obligarme á que aun derrame nueva sangre?

-- Yo no puedo prometer mas que lo que la religion me permite.

Un nuevo furor se apoderó del desconocido, y dirigiéndose precipitadamente contra Jeanie, parecia ir á completar su sacrificio: ésta, llena de terror y de espanto, exclamó: ¡que el cielo os perdone! y cayó sin sentido.

¡Qué desgraciado soy! exclamó tambien é igualmente asustado el desconocido. Escuchad Jeanie: tranquilizaos; no temais... yo soy un malvado sumergido si quereis en un abismo de crímenes; pero no tanto, que quiera asesina-

ros... solo quise hacer miedo... Jeanie... pero ¡oh Dios!... ¡Ella no me oye!... ¡Ella ha fallado!... ¿Aun un nuevo crimen? ¡oh gran Dios! ¡Dios de bondad y misericordia!... ¡Hasta cuando llevaré yo esta vida llena de males y desgracias! y cubriendo su rostro con ambas manos, se puso á llorar amargamente.

Jeanie habia recobrado sus sentidos mientras él hablaba, y se tranquilizó algun tanto conociendo que no atentaba á su vida.

-- ¡Ah! Jeanie, continuó éste viéndola restablecida de su desmayo; no, tranquilizaos: yo no quiero tener que reprocharme vuestra muerte, como la de vuestra hermana y la de su hijo. Por mas furioso, por mas desesperado que me veais; aunque acrastrado por mi mala suerte, y aunque perdido para siempre, yo no os haré el menor mal, aunque fuese, ó para salvar mi propia vida, ó para procurarme el imperio de la tierra... Pero ¡oh Dios! ¡vuestra hermana... espuesta á perecer en un cadalso!... ¡El objeto de todo mi amor, y el modelo de la inocencia que yo he seducido!... ¡Ah Jeanie! juradme por su amor que seguireis mis consejos... Tomad esa pistola, arrancadme la vida que detesto; vengad las injurias que he he-

cho á vuestra hermana; pero seguid el único camino que puede salvarla.

¡Pobre de mí! exclamó la desventurada Jeanie... pero mi hermana, le preguntó al desconocido, ¿es inocente ó culpable?

-- Inocente: repuso éste con precipitación. Nada tiene que reprocharse; nada, si no el haber tenido demasiada confianza en un miserable... Sin embargo, sin otros que son mas malvados que yo... sí, mas malvados que yo, aunque yo lo sea tanto... esta desgracia no hubiera ocurrido.

-- ¿Y su hijo?

-- ¡Asesinado! ¡bárbaramente asesinado...! pero sin que ella hubiese tenido parte; sin que ella lo supiese; yo mismo...

-- ¿Y porqué no se castiga al culpable en vez de dejar perecer al inocente?

No me atormentes con preguntas inútiles; los que han cometido este crimen, no temen nada: estan al abrigo de toda pesquisa... Vos sola podeis salvar á Effie.

-- ¡Yo! exclamó Jeanie llena de gozo. Esto sería una dicha demasiado grande para mí. Pero ¿de qué modo?

-- Escuçadme; vos teneis talento, y me com-

prenderais facilmente. Vuestra hermana es inocente del crimen de que se la acusa. Una persona que estaba presente, asesinó al niño apenas nacido, sin que le viese ni lo supiese su madre; de modo que Effie está inocente, y con todo la ley la condena al patibulo si vos no la salvais.

Pero decidme los medios de que debo valerme, le replicó Jeanie.

Todos dependen de vos. La ley es precisa: no se puede parár el golpe que va á descargar; pero es posible eludirlo. Escuçadme. La ley declara á vuestra hermana culpable de infanticidio, porque ha ocultado su embarazo: ella no exige mas prueba. Pero si uno solo declara que ella le ha hecho confianza de su situación, la cosa muda de aspecto: entonces es menester que se pruebe el crimen de que se le acusa, y esto es imposible, porque está inocente. Ahora debeis comprenderme. Vos habeis visto mas de una vez á vuestra hermana durante la época que ha precedido al nacimiento de su hijo. Era muy natural que os confiase su situación... Yo estoy seguro que ella lo ha hecho... ¿No es verdad? Reflexionad un poco.

-- ¡Cómo! le contestó Jeanie: si jamas me

na dicho una palabra. Cuando yo le preguntaba la causa de la decadencia de su salud y de su tristeza, solo me respondia con lágrimas.

Os digo, que es menester que os acordeis que le habeis hecho varias preguntas sobre este objeto, y que siempre os ha respondido que habia sido engañada por un miserable, por un malvado... llamadme como queráis; que ella llevaba en su seno el fruto de su condescendencia, y que su seductor le habia prometido cuidar de ella y de su hijo. ¿Os acordareis? He aquí todo lo que se trata que digáis.

— ¿Y cómo quereis que yo me acuerde, le contestó Jeanie con la mayor sencillez, si jamás me ha dicho una palabra?

— ¿Sois tan limitada! le replicó el desconocido, y asiéndola con fuerza por el brazo, continuaba diciéndole: ¡teneis la cabeza tan dura! Yo os repito que es menester que os acordeis que ella os ha dicho todo eso, aun cuando jamás hubiera pronunciado una sola sílaba. Es preciso que repitais toda esta historia, en la que no hay una sola palabra que no sea cierta, delante de esos jueces sedientos de sangre, para evitar que ellos sean unos asesinos y vuestra hermana la víctima. No titubeis Yo os

aseguró que hablado así no direis mas que la verdad.

— Pero le observó Jeanie, cuyo buen juicio descubrió inmediatamente el sofisma de aquel raciocinio ¿me harán prestar juramento de que todo lo que yo digo sea verdad? Todo lo que acabais de referir puede ser cierto; pero no lo es que mi hermana me lo haya dicho; y yo no puedo hacer un juramento falso.

— Yo veo, dijo el desconocido con despecho, que os habia juzgado bien desde el principio: ¿Dejareis perecer en un cadalso á vuestra desgraciada hermana, á pesar de su inocencia, por no pronunciar una sola palabra que podría salvarla?

— Yo daria toda mi sangre para salvar su vida, le respondió Jeanie desecha en lágrimas; pero yo no puedo hacer que la mentira sea verdad.

— ¡Muger éstravagante! ¡hermana desnaturalizada! Los jueces mismos, aunque tan solícitos siempre de encontrar culpables, se alegrarán de ver á una jóven y hermosa criatura libre del rigor de las leyes. Ellos os creerán cuanto digáis, y sin dudar de vuestra veracidad, os perdonarán, y aun os creerán digna

de elogio; porque conocerán la pureza de vuestras intenciones.

-- No son los hombres á quienes yo temo, dijo Jeanie levantando los ojos al cielo; es á Dios cuyo nombre deberé tomar por testigo de la verdad de lo que yo diria, sabiendo que profiero una mentira.

-- ¿No conocerá él mismo vuestros motivos? ¿No sabrá que hablais asi para salvar á una inocente, y para impedir un crimen legal, mas atróz aun que el que se intenta castigar?

El nos ha dado una ley; le respondió Jeanie, que debe servirnos de antorcha para guiarnos por el camino récto. Si nos apartamos de él pecamos contra nuestra conciencia. Nosotros no debemos obrar mal, aunque sea con el fin de obtener un bien. Pero vos, que le habeis prometido á lo que decís todo vuestro cuidado y proteccion, que conoceis por vos mismo la verdad de cuanto acabais de decirme, ¿por qué no vais á dar un testimonio público de su inocencia? Vos podeis hacerlo con toda seguridad de conciencia.

-- ¿A quién hablais de conciencia? exclamó el descononido. ¡A mí! que no la conozco despues de tantos años.... ¡Dar testimonio de su inocen-

cia! como si mi testimonio pudiese ser de algun peso en la balanza de la justicia. ¿Creeis que es sin motivo, que yo os he llamado en esta hora á semejante sitio?... Pero escuchad.

En aquel momento se oyó á lo léjos una voz, que cantaba con el estilo monotonó con que estaban compuestas la mayor parte de las balladas de Escocia. El desconocido parecia todo atencion, y tenia por el brazo á Jeanie mas muerta que viva, como para impedir que hiciera el menor ruido, bien fuese hablando, ó por algun movimiento involuntario de temor. La voz cesaba por interválos, y luego seguia pareciendo acercarse mas cada vez; en fin, se oyó distintamente que cantaba sobre poco mas ó menos las palabras siguientes:

Pajaritos retiraos,

Que el Alcon estiende sus alas:

Retiraos á vuestras guaridas

Que el cazador está en campaña.

Era una voz de muger, y sumamente desentonada la que cantaba, y despues de un corto intervalo añadió: « El enemigo hace su batida » Sir James, ¡qué! ¿dormís? Despertad;

«Tomad la huida» Al concluir esta tirada, se oyó distintamente aunque algo lejos un ruido sordo, como de gentes que marchaban con precaucion.

No puede estar mas aquí, le dijo el desconocido á Jeanie. Volveos á vuestra casa, ó escondedlos mas bien hasta que estas gentes pasen... No temais nada... No digais que me habeis visto; Acordaos de lo que os he dicho; y reflexionad que la suerte de vuestra hermana depende de vos.

Concluidas estas palabras, se alejó por la parte opuesta al parage por donde se oia el ruido.

Jeanie se quedó algunos instantes inmóvil sin saber qué partido tomar; pero cuando empezó á reflexionar, vió dos hombres ya tan cerca de ella, que el huir hubiera sido inútil y sospechoso.



Las obras siguientes son propiedad de don Federico Moreno, impresor y del comercio de libros de esta corte, y se hallarán en su imprenta, plazuela de Afogados; número 1, cuarto bajo, y en su libreria, calle del Abada.

Cartas sobre la Italia, con respecto á la religion, impresion de 1828; tres tomos en 8.º marquilla, 30 rs. en rústica.

Refranes castellanos, 1828; un tomo en 8.º, 6 reales en rústica.

Lecciones elementales de Lógica, 1828, un cuaderno en 8.º, 4 rs en rústica.

Guzman de Alfarache, nueva edicion, 1829; un tomo en 8.º voluminoso con 7 láminas finas; 17 reales en rústica.

Matilde de Rokeby, 1829; un tomo en 8.º, 12 reales en rústica.

Manual de curiosidades, 1830; un tomo en 16 marquilla, 8 reales en rústica.

El Melonero infalible, 1830; un cuaderno en 8.º, 4 reales en rústica.

Lecciones útiles y agradables para instruccion de los niños; un tomo en 8.º, 8 reales en rústica.

Siempre abierta la suscripción á la historia de las Cruzadas á 16 rs. en rústica, y á las novelas de Walter Scott á 6 reales en rústica y 8 en pasta, y un real mas en las provincias por razon de porte, en las librerías siguientes:

- En *Madrid* en las librerías de las viudas de Paz y Cruz, frente á las gradas de San Felipe; de Rodriguez, calle de las Carretas de Orea Red de San Luis, y de Miyar calle del Principe, y de novillo calle de la Concepcion Gerónima.
 En *Avila* en la de Fausto Aguado.
 En *Barcelona* en la de Pi-ferrer
 En *Burgos* en la de Villanueva.
 En *Bilbao* en la de Jauregui.
 En *Budajoz* en la de Carrillo.
 En *Cádiz* en la de Hortal y compañía.
 En *Coruña* en la de don Ramon Calvete.
 En *Cuenca* en la de Feijoo.
 En *Granada* en la de Gabaldon.
 En *Jaen* en la de Cerezeda.
 En *Jerez de la Frontera* en la de Bueno.
 En *Leon* en la de Delgado.
 En *Lugo* en la de Pujol y Bassler.
 En *Logroño* en la de Arias.
 En *Málaga* en la de Quincoces.
 En *Murcia* en la de Benedicto.
 En *Oviedo* en la de Don Francisco Garcia Mon-goria.
 En *Oronse* en la de Parzo.
 En *Palencia* en la de Mediavilla.
 En *Palma de Mallorca* en la de Don Felipe Guasp.
 En *Pamplona* en la de Erasun y Rada.
 En *Plasencia* en la de Don Isidro Pis.
 En el *Puerto de Santa Maria* en la de Nuñez e hijo.
 En *Reus* en la de Don Francisco Roca.
 En *Salamanca* en la de Blanco.
 En *Santander* en la de Asensio Martinez.
 En *Santiago* en la de Rey Romero.
 En *Sevilla* en la de Hidalgo y compañía.
 En *Soria* en la de Perez Rioja.
 En *Toledo* en la de Doña Maria Hernandez.
 En *Tarragona* en la de Antonio Berdeguer.
 En *Tortosa* en la de Ferreres.
 En *Valencia* en la de Don Luis Ferris.
 En *Vitoria* en la de Flores.
 En *Valladolid* en la de Rodriguez.
 En *Zaragoza* en la de Yagües.

NUEVA COLECCION

DE NOVELAS

DE SIR WALTER SCOTT,

TRADUCIDAS

POR UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.

TOMO DECIMO.